

EL ECO DE CARTAGENA.

PUNTOS DE SUSCRICION.

Cartagena: Liberato Montolí y García, Mayor 24, Madrid y Provincias, corresponsales de la casa de Saavedra.

SEGUNDA ÉPOCA.

PRECIOS DE SUSCRICION.

En Cartagena un mes 8 rs.—Trimestre 24. Fuera de ella, trimestre 30.

Jueves 13 de Diciembre.

El Eco de Cartagena

REMEDIO

CASERO CONTRA LA EPILEPSIA.

Hay muchos epilépticos que notan por una sensación particular (aura) cuando les ha de venir algún ataque. En estos casos se han empleado empíricamente varios medios para hacer abortar el ataque, diferentes, según la individualidad del enfermo y de su afección. Así nos consta un caso en que bastaba coger al paciente por los hombros y sacudirle fuertemente para desvanecer el ataque. Cada enfermo de esta clase suele saber é indicar á los que lo rodean su medio particular de librarse ó aliviarse de los ataques. Hace mas de un año que el doctor Notruagel, catodrático de Jená, publicó en el «Seminario clínico de Berlín» (núm. 41, del 9 de Octubre de 1876) el caso de una mujer de 37 años que notaba siempre de 15 á 30 minutos antes cuando le habia de venir la pérdida de conocimiento y las convulsiones, por una sensación angustiosa que le subia desde el epigastrio hácia el cuello.

A esta mujer le aconsejó otra que engulliese sal en el momento de percibir aquella sensación. Así lo hizo, y el ataque no llegó á verificarse, y desde entonces usa continuamente de este abortivo echándose un puñado de sal en la boca y tomando un trago de agua para enviarla: en seguida nota como la sensación de angustia vuelta atrás á medida que la sal baja en el esófago. Cuando no tiene sal en el momento de presentarse la aura, sufre el ataque en toda su vehemencia.

Ahora bien, en el número 45 del mismo semanario, correspondiente al 5 del pasado mes, el Dr. Schultz refiere como á un marinero de 19 años, que desde el 10 de Noviembre de 1876 hasta el 8 de Marzo de 1877, habia sufrido cada dia un ataque de epilepsia, se le habian empleado en

balde todos los remedios imaginables, química [hasta 2,5 gramos por dosis], bromuro potásico, belladona, estriguina, nitrato argéntico, morfina, hidrato de cloral, etc., de modo que el mozo fué declarado inútil para el servicio (era voluntario de la armada) y transferido en Singapore de la «Elisabeth» á la «Vineta» para volver á su casa.

El Dr. Schultz, médico primero de esta corbeta, acababa de recibir el número del semanario con el artículo del Nothnagel y resolvió en seguida comprobar el efecto de la sal, sobre todo porque el paciente notaba un aura semejante á la de aquella mujer. Después de haber observado al enfermo durante dos semanas, para cerciorarse de que no se trataba de un caso de simulación le dió el 22 de Marzo una cucharadita de sal bien pulverizada, que el mozo tomó en la boca, deglutiéndola con un trago de agua. Pero el ataque se verificó no obstante.

Pensando que el remedio se habia tomado tal vez cuando era tarde, ó quizás en cantidad insuficiente, el Dr. Schultz tuvo cuidado de propinar el dia siguiente al primer asomo del cansancio y de la pesadez en el epigastrio que constituian la aura, una cucharadita, colmada de sal, y efectivamente se disiparon los síntomas y el ataque no sobrevino, por primera vez después de 134 dias. El 24 de Marzo se queria proceder de la misma manera; pero los síntomas de la aura no se presentaron á la hora acostumbrada, la 1 del medio dia; sin embargo, á la 1 y 10 minutos el paciente tomó la sal por sí acaso, y así siguiendo toda la semana, aunque no habia notado mas aquellas sensaciones. El 29 de Marzo cesó la administración de la sal, pero la epilepsia quedó curada, al menos, hasta seis semanas después cuando el Dr. Schultz escribió esta comunicacion:

(La Salud.)

Misceláneas.

UNA MEDALLA DE LA VIRGEN.

En 1837, en el sitio de Constantina,

un joven oficial francés fué derribado por una bala que le dió en mitad del pecho. Sorprendido de sentirse aún con vida tras semejante choque, se lleva la mano á la parte contusionada, y comprueba, con alegría fácil de comprender, que no ha recibido lesión alguna. Pudiendo apenas creer tanta dicha, se palpa en todas direcciones, y encuentra debajo de su ropa la bala que habia dado con él en tierra. Estrecha piadosamente aquella bala cual reliquia gloriosa, y congratulándose por la solidez de su esternon, vuelve al combate, lleno de nuevo ardor. Mas en breve le detiene una segunda bala en la pierna. Esta vez la herida es más grave; hay que llevarse del campo de batalla, y la curacion fué tan lenta, que obtuvo una licencia mientras convalecía, y pudo regresar á Francia. ¡Cosa extraña! al examinar la bala, vió impresa en ella la huella de una medalla que se habia grabado en el plomo, como un sello en la blanda cera. ¡La bala habia dado contra una medalla que una madre piadosa habia suspendido á su cuello para preservarlo del peligro! La medalla habia desempeñado muy bien su papel. Pero ¿cómo habia podido grabar su imagen en el metal á través de las ropas? Era un hecho que nuestro joven oficial tuvo que declarar inexplicable, contentándose con aprovecharlo sin ocuparse más de él.

Al finalizar el tiempo de su licencia, fué á Paris. Era en las últimas semanas de la Cuartisma, y además del deseo de volver á ver la capital, no le pesaba al joven librarse de la austeridad con que se observaba la abstinencia en la casa paterna.

Una tarde sorprendióle un chubasco en las inmediaciones de Nuestra Señora de las Victorias, y entró en la iglesia para buscar un refugio contra la lluvia. El Cura referia desde el púlpito algunos de los hechos extraordinarios, de las curas milagrosas obtenidas por la intercesion de la Santísima Virgen. Las paredes del templo estaban literalmente entapizadas de ex-votos y placas conmemorativas, cuya explicacion exigiria volúmenes.

El oficial, que escuchaba al principio con aire distraido, prestó en breve más atencion á lo que oia: aquellas historias le recordaban la suya. Se sonreia y decía para sí: «¡Ah! señor Cura, si supiera Vd. lo que me ha sucedido, ¿qué diria?» Al fin, como impulsado por una fuerza misteriosa, cuando el Sacerdote se dirigió á la sacristia, fué á su encuentro y le dijo:

—¿Por ventura cree Vd., señor Cura, en todo cuanto acaba de referirnos?

—Ciertamente, caballero; todos esos hechos son completamente auténticos; he sido personalmente testigo de varios de ellos, y debo los demás á personas dignas de toda confianza.

—¿Y á eso llama Vd. milagros?

—Son por lo ménos hechos muy extraordinarios, en los cuales nos parece imposible no ver la intervencion del poder divino, debido á la intercesion de la Santísima Virgen.

—¡Pero, entonces, lo que me ha sucedido á mi es un milagro!

Y le refirió la historia de su bala y le enseñó la bala y la medalla, que llevaba siempre consigo.

¿Que pasó después entre aquellos hombres? Sin duda el Sacerdote hizo comprender al soldado que un hueso, por sólido que sea, no se halla en estado de resistir una bala, sobre todo cuando esta posee bastante fuerza para aplastarse contra una delgada hoja de metal: que aquella impresion inexplicable, hecha á pesar de la interposicion de los vestidos no podia mirarse como un hecho natural; que la circunstancia misma, tan natural en apariencia, que lo habia conducido á aquella iglesia, por decirlo así á pesar suyo, podia tambien ser considerada con razon como una gracia especial, etc. En suma, el oficial se sintió conmovido, cayó de rodillas y se confesó.

Poco después pidió su retiro y se encaminó á Roma. Allí entró en el Seminario francés, y pocos años después se le ordenó de Sacerdote.

Quiso entonces regresar á aquella tierra de Africa, regada con su